

**Primera parte**  
**Para comprender la democracia económica**

**Capítulo 1**

**En busca de lo obvio**

Las grandes crisis se presentan cuando hay grandes fuerzas nuevas que actúan para transformar las condiciones fundamentales al tiempo que las poderosas instituciones y tradiciones aún mantienen intacto el sistema.

William Graham Sumner, 1904

En todas partes crece la conciencia de que algo anda mal --fundamental y peligrosamente mal-- en la estructura económica del mundo. Aquellos que quieren encontrar trabajo experimentan cada vez mayores dificultades para ganarse bien la vida. Los líderes de las democracias industrializadas del mundo occidental abandonan tácitamente su objetivo económico formal de lograr el pleno empleo, pues encuentran que los costos que supone crearlo son inaceptables.

Sin embargo, se acelera la tendencia de que los ricos se vuelvan más ricos y los pobres se hundan en la dependencia, al tiempo que la clase media pierde pie o lucha a brazo partido para sostener su débil posición. A pesar de los fantásticos adelantos tecnológicos, de los maravillosos logros de la ciencia, la ingeniería, la agricultura y la salud pública, parecemos tropezar con la eterna dicotomía entre riqueza y pobreza que está convirtiendo a los barrios, las ciudades, las naciones, al mundo entero, en un campo de batalla donde se enfrentan los que algo tienen contra los que nada poseen. La pobreza sin remedio, la enajenación social y el colapso económico en un mundo que posee todos los elementos necesarios para mejorar la vida de millones de seres demuestran que existe una falla organizativa que nos debilita y no nos permite utilizar a fondo los poderes que hemos desarrollado. Hay muchos otros problemas que no parecen tener solución y que indican también un defecto estructural: la creciente dependencia económica de la producción en la venta de armas, el incremento de la deuda pública y privada, los excedentes invendibles de la agricultura y la industria, la pérdida de mercados internos e internacionales en favor de competidores extranjeros, y la carencia de una alternativa al pleno empleo. La incapacidad de nuestros líderes para resolver, o incluso limitar, estos problemas está minando la confianza en la democracia.

Este libro trata de las raíces mismas la pobreza, pero, lo que es más importante, de las raíces de la riqueza en el mundo industrial moderno. Se preocupa no sólo de la debilidad y la dependencia económicas, sino también del poder y la independencia. Estudia el origen del poder económico personal e individual, no para eliminarlo, como han jurado hacerlo los socialistas, sino para extenderlo más allá

de los ricos hasta las clases pobres y medias tradicionalmente desvalidas.

Existe en inglés una maravillosa palabra que ha ido cayendo en desuso a medida que se han desvanecido las condiciones económicas que le dieron validez; se trata de patrimonio. Su significado más antiguo, que es ahora obsoleto, es abasto suficiente, o suficiencia. Su segundo sentido es el propiedad o medios suficientes para sufragar los costos de las necesidades y comodidades de la vida: suficiencia sin exceso. La palabra llega a cubrir la condición de poseer o disfrutar de dicha suficiencia, esto es, de vivir con tranquilidad y patrimonio, o la cualidad o el estado de ser funcionalmente adecuado, o poseer el suficiente conocimiento, el juicio, la suficiente habilidad o fuerza. "El primer deber de un hombre es conseguir patrimonio y ser independiente", declaró Andrew Carnegie.<sup>1</sup> En un premonitorio ensayo de principios de siglo, Peter S. Grosscup, un juez del tribunal de amparos de los Estados Unidos, señaló que "el alma de esta Norte América republicana, como gobierno civil encumbrado para promover el bienestar y la felicidad de su pueblo" no es la grandeza comercial, la ambición territorial, el poder o la riqueza nacionales, sino "la oportunidad individual, la oportunidad y el aliento que recibe cada individuo para construir, con su propio esfuerzo y para él y su dependientes, algún tipo de posesión y de independencia propias."<sup>2</sup>

El poseer este patrimonio constituye aún el ideal económico norteamericano. El derecho a poseerla y conservarla una vez obtenida es un derecho fundamental en los Estados Unidos. Juntas, estas condiciones componen la felicidad económica tal como la comprendieron los fundadores de la nación cuando declararon que el derecho a buscarla era tan importante como el derecho a la vida y la libertad. No se trata de una enorme acumulación de una riqueza imposible de utilizar y gastar, sino del patrimonio y la recuperación de la esperanza y la perspectiva individual: éste es aún el sueño del pueblo norteamericano y el objetivo adecuado y necesario de la política económica de los Estados Unidos.

Durante bastante más de un siglo, se ha visto claramente que nuestra política capitalista de propiedad privada y mercado libre tiene un defecto muy grave. Se le puede llamar brecha entre producción y consumo, sobreproducción o subconsumo, pero su característica fundamental es siempre la misma: en cualquier etapa del crecimiento económico o la eficiencia productiva, el poder de que se dispone para producir bienes y servicios rebasa la capacidad que tiene la gente con necesidades y deseos por satisfacer para cumplirlos. Como dijo el Jefe Sitting Bull a Annie Oakley, "El hombre blanco sabe cómo construir cualquier cosa, pero no sabe cómo distribuirla."<sup>3</sup> Franklin D. Roosevelt hizo esta misma observación en su primer discurso inaugural en los difíciles días de 1933: "La abundancia está a la puerta, pero su

generosa utilización languidece a la vista misma de las provisiones."

Debemos preguntarnos por qué durante tanto tiempo la sociedad occidental ha tolerado --es más, ha ignorado oficialmente-- estas derrotas institucionales tan obvias y frecuentemente comprobadas. ¿Por qué hemos preferido los mitos a los datos de fácil verificación? Por ejemplo, ¿por qué seguimos diciéndonos que el trabajo es cada vez más productivo? ¿que la tecnología crea empleos? ¿que en los Estados Unidos alguna vez hemos logrado un verdadero pleno empleo en este siglo, excepto cuando el país está en guerra, recuperándose de una guerra, o preparándose para otra? ¿Por qué decimos que el pleno empleo constituye un objetivo económico factible, o aun deseable, para la gente que vive en una época industrial?

Encontraremos la explicación en una creencia errónea sencilla, pero persistente, sobre la forma en que se producen los bienes y servicios. La idea de que el trabajo es el factor principal, si no el único, es la piedra de toque de la sabiduría convencional en economía. Tanto los teóricos del "Laissez-faire" como los marxistas y keynesianos ven las cosas físicas que son en verdad los principales productores de los bienes y servicios materiales en una economía industrial --herramientas, máquinas, intangibles del capital y una tierra cada vez más productiva-- como si fueran extensiones del propio trabajador (el martillo, una extensión de la mano; la rueda, del pie; la computadora, del cerebro), o como si fueran recursos naturales que funcionaran de manera tan gratuita como el sol para elevar la productividad del trabajo.

Mientras permanezcamos bajo el imperio de este tipo de falacias no nos preocuparemos por saber quién posee qué capital (mientras éste exista en abundancia) en nuestra economía, ni seremos conscientes de que hemos dejado que la propiedad del capital, y por lo tanto su poder de ganancia, se concentren hasta el punto de impedir el funcionamiento de la economía

En el pasado preindustrial, cuando efectivamente la fuerza de trabajo constituía el principal medio de producción, la teoría del valor del trabajo tenía cierta razón, y la propia naturaleza había distribuido democráticamente la capacidad de trabajo: cada persona equivalía a una unidad de capacidad de trabajo. Pero con la invención de la hiladora, la máquina de Newcomen, la tejedora mecánica y cientos de otros instrumentos de capital, el factor no humano comenzó a dominar todos los aspectos de la producción. La tecnología sigue transformando la forma en que se producen los bienes y servicios, por lo cual la producción es cada vez más intensiva en capital y menos en trabajo. Hoy en día sólo las instituciones humanas son capaces de devolver al hombre la autonomía que algún día fue suya a través de su capacidad de trabajo inherente.

En el mundo clásico y medieval, el trabajo había constituido tan sólo el medio para alcanzar un fin: el consumo y el ocio.

Actualmente, en esta época industrial en que los cambios tecnológicos eliminan sistemáticamente la aportación del trabajo al proceso de producción --y con éste, la única forma oficialmente aceptada de participar en la ganancia--, con toda perversidad hemos elevado el trabajo de necesidad práctica a deber moral y social. En lugar de trabajar para vivir, cada vez más personas viven para trabajar. Según el pensamiento económico centrado en el trabajo que se formalizó en los primeros escritos sobre economía, se supone que la propia tecnología crea trabajo. La aplastante evidencia en contra se ignora, se falsifica o se elimina con alguna explicación.

Cuando una teoría contraria a los hechos persiste contra toda evidencia, quiere decir que saca fuerzas de una fuente emocional vital y poderosa. Podemos encontrar las raíces de la duración de esta teoría del valor del trabajo en la ética puritana, específicamente en la idea de que "el que no trabaja no come". En esencia, la ética puritana es de producción. Sostiene que la gente debe ser económicamente autónoma, que cada unidad de consumo debe ganar un ingreso equivalente a los bienes y servicios que desea consumir. Esta regla es sensata desde un punto de vista filosófico, económico y moral. La experiencia ha demostrado que a la gente le molesta ser objeto de caridad, tanto como ser víctima de parasitismo. La motivación económica exige que las personas produzcan los bienes y servicios que desean consumir y que también reciban un ingreso equivalente a su contribución productiva.

En un mundo preindustrial, cuando el trabajo constituía la mayor parte de la contribución para la producción, era natural que se llegaran a identificar inconscientemente producción y trabajo. Pero lo que podía considerarse como algo moral y práctico en una economía preindustrial se convierte en un absurdo en una economía industrial, no porque haya cambiado el principio, sino porque los mecanismos de producción ya no son los mismos. La anacrónica insistencia en que la contribución productiva del trabajo es única y exclusiva, o incluso la principal, ya no corresponde con los hechos. En una economía donde la gente participa en la producción y gana un ingreso a través de su capital propio tanto como por su capacidad de trabajo, la interpretación puritana centrada en el trabajo ya no basta, es más, se vuelve cada vez más injusta. La política económica convencional que exhorta a imponer trabajo y sacrificio ya no tiene sentido en una era en la que la tecnología ha transferido la mayoría del esfuerzo de producción a las máquinas.

La renovación y reforma institucionales deben comenzar con una reinterpretación de la ética puritana. Si su mensaje moral no es que la gente debe trabajar por trabajar, sino producir para poder consumir, debemos preguntarnos: ¿Cómo es posible que todos los individuos sean igualmente productivos cuando una pequeña minoría (los trabajadores capitalistas) produce la mayor parte y una gran mayoría (los

trabajadores de mano de obra) una ínfima parte de todos los bienes y servicios?

Una ética protestante actualizada reconocería que los individuos producen a través de su propio capital de manera tan verdadera y legítima como por medio de la capacidad de trabajo que poseen. En el sentido económico, el propietario de una parte del capital de una sociedad industrial, una granja constituida en sociedad o de cualquier instalación productiva puede ser infinitamente más productivo que el más hábil e industrioso artesano de la sociedad preindustrial. Lo que cuenta es la eficiencia de la producción y la calidad del producto, no el factor de producción en sí. De esta forma, el propietario del capital no es un parásito que vive de sus rentas sino un trabajador, lo que se llama un trabajador capitalista. La distinción entre el trabajo de mano de obra y el trabajo capitalista indica las líneas según las cuales podemos desarrollar instituciones económicas capaces de manejar una producción cada vez más intensiva en capital, cosa que no pueden hacer nuestras instituciones actuales.

Existe aún otra consideración. Las economías ya no pueden resolver el problema de la distribución del ingreso a través del pleno empleo, aun si se alcanzara plenamente este objetivo cada vez más lejano y discutible. Cuando los trabajadores capitalistas sustituyen a los de mano de obra como los principales suministradores de bienes y servicios, el sólo empleo de mano de obra se vuelve insuficiente, puesto que la parte que corresponde al trabajo dentro del ingreso dado por la producción no puede proporcionar el nivel de vida que la tecnología eleva día con día. El capital puede producir riqueza. Para disfrutar de ésta, todas las familias deben participar cada vez más en el trabajo capitalista. Tal como se se presenta la producción en los Estados Unidos hoy en día, esto sería cierto aun si toda la población estuviese empleada en el trabajo de mano de obra.

Como lo veremos más adelante, la insuficiencia de los ingresos basados en el trabajo para comprar bienes y servicios cuya producción se basa cada día más en el capital dio pie a que se crearan leyes laborales y sindicatos obreros concebidos para imponer precios cada vez más altos para una contribución igual o menor del trabajo. El mito de la "mayor productividad del trabajo" se utiliza para disimular la mayor capacidad de producción del capital y menor capacidad del trabajo, así como para enmascarar la redistribución del ingreso para que parezca moralmente aceptable.

Mientras no captemos las implicaciones que tiene para el mundo moderno la ética puritana, no seremos capaces de diseñar un sistema económico que reconozca que los individuos pueden participar en la producción y obtener un ingreso de dos formas. Seguiremos dando mal uso y dirección a la tecnología, desperdiciándola en nombre del pleno empleo; continuaremos concentrando la propiedad del capital entre las manos de aquellos que ya poseen más de lo que pueden

o quieren utilizar, así como negándosela a los que necesitan poseerlo pero no pueden adquirirlo de manera legítima a través de los métodos tradicionales del financiamiento basado en el ahorro.

El ocio y no el fatigoso trabajo, la riqueza general y no la opulencia elitista deben ser los objetivos de una economía industrial racional y democrática basada en la necesidad que tiene todo ciudadano de ser productor y no sólo consumidor. Además, una vez han sido reconocidos y debidamente expresados, estos objetivos no resultan difíciles de alcanzar. Una herramienta, el Plan de Adquisición de Acciones por los Empleados (PAAE) ya ha demostrado cuán fácil resulta convertir a los empleados de empresas en trabajadores capitalistas. Otras herramientas de financiamiento que empleen la misma lógica pueden lograr la misma transformación con los empleados del estado, los que viven del Seguro Social, los artistas, músicos, actores y otras personas que no están empleadas en el sector público o privado, o que no cabrían en este tipo de empleos; serviría también para los usuarios de instalaciones públicas, y para los que son dueños de su casa.

Ya que, de manera general, la riqueza es producto no del trabajo sino del capital, la economía debe estar estructurada de manera que todas las familias lleguen a producir una proporción cada vez mayor de su ingreso a través de su propio capital, al tiempo que generan el poder adquisitivo suficiente para consumir lo que produce la economía. Las técnicas de financiamiento que se describen en este libro pueden vincular de manera legítima a las familias de capital escaso o inexistente con la capacidad productiva de los instrumentos de capital organizados en entidades operativas adecuadas. El financiamiento empresarial convencional ha concentrado la propiedad individual del capital productivo en unos cuantos. La cantidad de propietarios disminuye a ritmo acelerado a través de fusiones, adquisiciones y apalancamientos fuera del PAAE. Los métodos democráticos de financiamiento, como el Plan de Adquisición de Acciones por Empleados (PAAE), el Plan de Adquisición de Acciones por los Consumidores (PAAC), el Plan de Adquisición Generalizada de Acciones (PAGE) y otros proporcionan financiamiento para la adquisición de capital por individuos sin grandes posibilidades, al tiempo que financian el crecimiento de las empresas. De manera simultánea crean nuevos propietarios de capital y una nueva capacidad productiva en formas tales que todo el mundo sale beneficiado, incluyendo los actuales propietarios de acciones.

La nueva capacidad productiva es esencial para que todos tengan la posibilidad de convertirse en trabajadores capitalistas. Las limitaciones que nos impiden realizar nuestro vasto potencial de riqueza generalizada no son físicas sino institucionales. Faltan los conceptos de puesta en práctica --el diagrama lógico, el manual operativo-- para una economía de propiedad privada y libre mercado que resulta ya sumamente útil para unos cuantos, pero que, con la

democratización del capitalismo, puede expandirse para que incluya y beneficie a la mayoría.

Al poner al día la ética protestante de manera que corresponda a las realidades tecnológicas de la vida, no sólo renovaremos nuestra economía, sino también nuestras instituciones políticas dentro del espíritu del ideal norteamericano. Las instituciones políticas de los Estados Unidos parten del principio de una ciudadanía formada por familias autosuficientes. Nunca fueron planeadas para un segmento amplio y además creciente de personas pobres y dependientes. En 1989 se celebran los 200 años de la ratificación de la Constitución norteamericana. Ha llegado el momento de que hagamos por el poder económico lo que los fundadores de la nación hicieron por el poder político: dirigirlo por el camino de la democracia.

**Notas:**

1. Andrew Carnegie, The Empire of Business (New York: Doubleday, Page & Co., 1902), p. 99.
2. Peter S. Grosscup, "How to save de corporation", McClure's Magazine 24, n. 4 (Febrero de 1905).
3. Dee Brown, Bury My Heart at Wounded Knee: An Indian History of the American West (New York: Holt, Rinehart & Winston, 1971), p. 427.